

BALÓN Y ASTILLAS *

Para Cuauhtémoc

El pequeño Cayetano García acelera el paso. Aún le falta rodear la loma para tomar la carretera que dos kilómetros adelante lo lleva a los manantiales y después al pueblo de Las Guitarras, donde está su escuela, su maestro, los amigos y su diario empeño por comprender lo que se le enseña. Ya realiza algunas multiplicaciones, pero las divisiones siguen costándole trabajo y se afana en comprender cómo un número puede partirse en tres, veinte o cincuenta pedacitos sin que se le note que está partido.

Cayetano García nació descalzo y descalzo corre, ríe, juega, va por leña al monte y asiste a la escuela. Confía en sus pies. Los dedos fuertes se acoplan al camino, trepan árboles o eluden rocas. Debido a un arco plantar muy definido salta arroyos, cercas y troncos. Sus talones caen con fuerza a cada paso y se han vuelto insensibles a las pequeñas piedras, raíces o espinas. Debido a las callosidades que envuelven sus pies en crecimiento, pocas cosas los hieren, la tierra caliente, el áspero zacatal o el lodo, son para él sensaciones agradables.

Tiene nueve años y asiste a la escuela unitaria "Miguel Hidalgo", ubicada en el pueblo de La Guitarra. Siente cariño y respeto por el hombre que es al mismo tiempo director y maestro de todos los grupos. Su escuela es un galerón en que hay botes de lámina a manera de sillas. Al fondo se sientan los niños de quinto y sexto grado, junto a la ventana el grupo de ter-

* Ganador del 1er lugar en el Concurso Nacional de Cuentos Campiranos "Marte R. Gómez", Chapingo, 2007.

cero, cerca de la puerta los de cuarto año, que son los de su grupo, y los de primero y segundo junto a la mesa del maestro.

Ha llegado a los manantiales, se detiene junto al ruinoso poste que un día de fiesta se convirtió en el palo encebado del pueblo y lo contempla en silencio.

Su mundo empezó a complicarse hace una semana, con la llegada de un maestro que venía a invitarlos a jugar fut bol en San Dieguito de Abajo. Llevaba un silbato colgado al pecho, una gorra de lona en la cabeza y una bolsa con balones de cuero. Entró al salón de clases y platicó con su maestro. Luego les dijo que era profesor de educación física y como notó que nadie entendía lo que era eso, aclaró que era maestro de deportes e iba a sacar a jugar a los de cuarto, quinto y sexto año, para escoger a los mejores en fut bol. Salieron con entusiasmo, un sol a plomo calentaba el patio de tierra suelta.

El maestro pidió que colocaran piedras limitando las porterías, mientras él pintaba rápidamente —con puntos de cal— un gran rectángulo que sería la cancha de juego. Sentó a los más pequeños y a las niñas atrás de las líneas y con los demás formó dos equipos. En cuanto escuchó el silbatazo inicial, Cayetano, acostumbrado a patear piedras y ramas, condujo el balón burlando a muchos compañeros. Nadie podía quitárselo, con dedos, talón, empeine y arco iba guiándolo, con la parte interna del pie lo controlaba, defendiéndolo como si fuera suyo y Cayetano avanzó, burló, pateó y saltó de gusto cuando todos gritaron ¡Gooooool!, y lo abrazaron. Hasta entonces supo lo que era sentirse superior a todos y siguió dominando el balón para lograr otro gol. Los dos maestros lo felicitaron: iría a jugar a San Dieguito.

Hasta allá, tan lejos... pensó Cayetano, y una sensación de

miedo le hormigueó junto al ombligo porque había oído decir que ese lugar era un pueblo muy grande, más grande que El Jumay, y que la gente tenía bicicletas y a veces llegaban camiones de muy lejos. Un niño le contó que allí había tiendas y vendían muchas cosas que estaban atrás de vidrios gruesos. El maestro de deportes le preguntó su nombre, el de sus padres, dónde vivía y cuándo había nacido. Él apenas y pudo contestar preguntas tan difíciles. Luego, ese maestro se fijó en que Cayetano andaba descalzo y le preguntó si tenía tenis. Él bajó la cabeza y quedó en silencio, temeroso de que se arrepintiera de llevarlo.

—Bueno, no te preocupes, tus papás pueden comprarte unos. Vengo el otro viernes para llevarlos al juego. Su maestro hablará con sus papás para conseguir el permiso, dijo, y Cayetano García afirmó nerviosamente con la cabeza.

Al salir se fue corriendo a su casa, cruzó el arroyo, siguió la carretera, trepó dos lomas y al fin llegó al rancho de Las Trancas. Entusiasmado, contó a la mamá y a los hermanos pequeños sobre el juego, los goles, los abrazos y sobre el próximo juego en San Dieguito de Abajo, pero no mencionó que necesitaba tenis. Untó con chile una tortilla recién salida del comal, ¿y si no se los podían comprar?, se preguntó, y la tortilla, tan olorosa y tierna un momento antes, perdió el saborcito dulce que siempre tenía, para secarse entre lengua y paladar.

Cayetano llenó un bule con agua de limón, metió en su morral los tacos de frijoles y salsa que le dio su mamá y se fue a la milpa, a dejar la comida a su padre y también a ayudarlo en la labor. Desde una loma lo distinguió trabajando en aflojar la tierra para la próxima siembra. Corrió a alcanzarlo y otra vez le brotó la alegría y el orgullo por lo que había logrado. Le habló del

maestro y de las porterías de piedra. ¡Iban a llevarlo a San Dieguito de Abajo! Admirado, el padre suspendió el trabajo para decirle que era bueno que él, su hijo mayor, fuera tan listo, que iba a gustarle todo lo que viera por allá, porque todo era bonito lejos. Luego, señaló hacia los cerros azulosos para decir que atrás de ellos había pueblos grandes llamados ciudades.

Oscurecía cuando iniciaron el regreso. Cayetano no sabía cómo decir que necesitaba tenis, esos como zapatos blanditos que se ponía don Miguel cuando llegaba al rancho para venderles hilos, peines y espejos, esos que tenían dos niños de su salón y de seguro valían mucho, porque había que ir a comprarlos hasta Llano de las Mariquitas o al Jumay.

—¿Tiene usted centavos, nomás pa zapatos? —se atrevió a decir por fin.

—Si tuviera no andaríamos con las patas a raiz —dijo el padre bajando los ojos, como avergonzado de su pobreza y Cayetano miró muchas veces los pies encallecidos y terrosos del hombre.

—¿Nada tiene usted? —insistió con angustia.

—No se dio buena la cosecha el otro año. Toavía hay que pagar lo que se pidió de semilla pa éste —concluyó, y una tristeza parda, como el cielo ya sin sol, fue entrando lentamente al entendimiento del niño.

—¿Qué se sentirá caminar con los patas forradas? —preguntó. No hubo ninguna respuesta.

En ese momento recordó los zapatos que encontró tirados en el basurero, allá, en la salida del pueblo. Estaban amarrados con unos cordones, descosido de la punta uno y el otro con agujero en la suela. Al probárselos descubrió lo molesto que resultaba ponerse algo tan ajustado, no podía mover los dedos y

el empeine se le raspaba contra la lengüeta endurecida. Se los quitó de inmediato y fue corriendo a aventarlos al ruinoso poste del palo ensebado. Años plantado ahí, sin uso, mostrando su madera podrida y negra. Ahora utilizaban otro palo que habían clavado junto a la iglesia, ahí celebraban la fiesta de San Juan. El poste viejo tenía hasta arriba un bastidor de varas a punto de caer, sobre ese bastidor lanzó los zapatos. Quedaron ahí, colgando con desgano.

Quién iba a decirle que los necesitaría. Tennis o zapatos, daba lo mismo para él: el maestro quería que se forrara los pies para que con las uñas no maltratara sus balones. Debían costar mucho, por eso los cuidaba tanto. Bajaría los zapatos, no importaba que lastimaran sus pies.

Esa noche, Cayetano imaginó que los bajaba del poste. El maestro había dicho tennis, pero lo importante era llevar los pies cubiertos por algo. Estaban chicos, quizá engarruñando los dedos le entrarían... alcanzó a pensar antes de quedarse dormido.

El martes salió más temprano de su casa, llegó al poste e intentó escalar la madera podrida. Al llegar a la mitad tuvo que renunciar al intento porque notó que las astillas desgarraban su único pantalón. Ya en la escuela, no se pudo concentrar en lo que decía el maestro, por estar pensando en el regaño y en remiendo que haría su madre.

El miércoles, para proteger su ropa, se desnudó antes de trepar. En calzones se aferró al poste, abrazándose a él como si fuera una hermosa esperanza, ascendió con la fuerza de los brazos, coordinando movimientos de cadera, lanzando las piernas y apretando el poste entre los muslos. Las astillas se clavaron en su desnudez, parecían piquetes de avispa, pero

Cayetano quería ir a jugar en San Dieguito de Abajo y enterró las uñas en pequeños intersticios para ascender más y más hasta que el dolor se hizo insoportable y tuvo que bajar para arrancarse las astillas y hacerse aire con un cuaderno sobre la piel enrojecida hasta que el ardor disminuyó. Se quitó las visibles, pero otras astillas invisibles quedaron dentro de su carne, latiendo al ritmo de su corazón. Se vistió, vio de nuevo los zapatos, vio sin querer el agujero de la suela y se fue caminando con las piernas un poco abiertas, porque el roce de la ropa movía las astillas a cada paso. Llegó a la escuela pensando que cuando los bajara, tenía que coserlos de las puntas.

Hoy jueves ha intentado subir al poste en tres ocasiones. Mañana temprano lo llevarán a San Dieguito. Su padre dijo al maestro que Cayetano no iría porque no tiene zapatos, pero él aseguró que había conseguido unos prestados. La piel escoriada sangra, se rasga más y más a cada impulso. Sucios lagrimones corren por el rostro tenso, un apagado sollozo hace que le tiemblen las mandíbulas.

—¡Oigan ustedes, dos zapatos... hoy no pude... pero mañana tempranito... vengo a llevármelos! —promete a gritos.

Tiene que soltarse del poste porque el ardor es insoportable. Cae pesadamente sobre una pierna, grita, rueda por el suelo, jadea. Está solo, lejos del pueblo y de la escuela. Se pone a llorar porque sabe que los zapatos seguirán arriba y el maestro no lleva muchachos descalzos. No, no va a poder ir a San Dieguito ni jugar ni nada... al caer sintió que se le rompían los huesos del pie, y no puede ni siquiera levantarse.